***EL ARCHIVO DE AURAS***

*Teresa Hernández*

***La aurora de Nueva York gime  
por las inmensas escaleras  
buscando entre las aristas  
nardos de angustia dibujada.***

***Federico García Lorca.***

***Preludio***

***Lámpsaco (Mileto) año 428 a. C***

*Un grupo de cirros se interpuso entre Anaxágoras y la vía láctea. Frunció el ceño contrariado. Era una noche serena y no imaginaba mayor placer que observar aquella franja blanca de puntos titilantes que atravesaba el cielo de lado a lado. Pocas veces había tenido la ocasión de escudriñarla como lo hacía ahora. Hasta la llegada de esas molestas nubes, las condiciones atmosféricas fueron las idóneas: no hubo luna ni tampoco susurros que despistaran sus pensamientos, más allá del canto de los grillos que, a su manera, festejaban el estío.*

*Una línea de claridad se abrió paso entre las sombras para indicar que, no a mucho tardar, amanecería. Había examinado el firmamento embelesado, pero la penumbra tocaba a su fin y el tapiz de lucernas sobre él comenzaba a velarse. Dentro de la casa algunos ruidos le indicaron que la actividad se iniciaba. Sus dos esclavos encendieron los candiles y se dispusieron a moler  el grano con el que fabricarían las tortas para el almuerzo. Los detestaba. Esas criaturas de aspecto humano eran poco más valiosas que las bestias de carga, gentes sin cultivar y sin interés por encontrar explicación a lo que la naturaleza ponía ante sus ojos. Aquellos ignorantes le producían la misma aversión que las mujeres, seres blandos y obtusos, solo válidas para procrear gracias a las enormes caderas que poseían.*

*Él vivía en una cota superior, en el nivel de las ideas que explicaban por qué ocurrían los eclipses  o cómo los peces respiraban bajo el agua. No le preocupaba el exilio que sufría por haber declarado ante sus alumnos que el Sol era una masa candente y la Luna solo una roca que reflejaba su luz. Los grandes pensadores no perdonaron su osadía, pero él sabía que estaba en posesión de la verdad y poco le importaba el aislamiento que le impusieron; más que un castigo suponía una liberación. Las clases le aburrían y le restaban tiempo para meditar sobre el significado del universo.*

*Un leve cosquilleo en las yemas de los dedos le distrajo de sus reflexiones. Los rozó entre sí y miró a las estrellas palpitantes al punto de desaparecer. Y fue en aquel instante cuando tuvo una respuesta a la pregunta que llevaba rodando en su cabeza desde hacía décadas: Panspermia.*

*La materia viviente era de origen cósmico. La vida, la suya, la de la vegetación y la de todas las formas animadas que habitaban el disco terrestre había surgido muy lejos. Todos ellos no eran más que la consecuencia del esperma que los meteoritos y astros desprendían en sus viajes.*

*Cerró los párpados y aspiró el aroma a resina de las coníferas que, al alba, era intenso y tenía una nota narcótica. Una vez entendido el gran misterio, su existencia carecía de sentido. Su hora había llegado. Dejaría de comer hasta morir por inanición.*

*Llamó a la servidumbre para que le prepararan el lecho. Nada necesitaba ya. Solo deseaba disfrutar la gloria de su descubrimiento en soledad hasta la llegada del último aliento.*

***Nueva York, año 2016***

L

a primera nómina que tía Elisa recibió de la *Northwestern Mutual,* allá por 1952, fue de 62 dólares. Resultaba una cantidad ridícula, pero ajustada para una joven recién aterrizada en el nuevo mundo, sin preparación y que desconocía el idioma. Tampoco el cometido a desempeñar tenía grandes complicaciones, bastaba con no verter el café que servía a la hora del desayuno sobre los trabajadores y mostrar siempre un aspecto pulcro. Pero Elisa era una mujer obstinada y no tardó en mejorar su estatus laboral. Poseía una capacidad comercial innata y en un par de años pasó a formar parte del *staff* como agente de seguros de la compañía y duplicó su sueldo gracias a las comisiones que cobraba por su buena gestión como captadora de clientes.

Era de naturaleza extravagante. A pesar de haber sido bellísima, sus piernas hicieron historia, no encontró un marido, ni siquiera un novio que le durara más allá de una semana. El éxito con el sexo opuesto se lo llevó su hermana, mucho menos agraciada que ella, que se casó joven y trajo al mundo a cinco criaturas, tres varones y dos chicas, a quienes Elisa visitaba de tarde en tarde y cuyos nombres confundía de continuo. Jamás estuvo interesada en sus sobrinos; no obstante, aunque residían al otro lado del Atlántico, constituían su única familia y los tuvo presentes a la hora de redactar el testamento. Era metódica y ordenada hasta lo enfermizo, solo tiraba a la basura las mondas de naranja y con reparos, y cualquiera hubiera podido reconstruir su vida sin más que inmiscuirse en sus papeles. Y en eso estaba Ángela en aquel momento, la sobrina encargada de deshacerse de sus pertenencias tras la muerte y de firmar los documentos legales en su nombre y el de sus hermanos. Era la más pequeña y nunca tuvo fortuna en los juegos de azar. Cuando el quinteto se reunió para echar a suertes quién de ellos viajaría para organizar la herencia de su familiar, ella supo de antemano que tenía la papeleta afortunada. En cualquier caso, tampoco se quejó demasiado. Elisa era su madrina y la noche en que murió tuvo un extraño presentimiento, soñó con ella con tal intensidad que se despertó sobresaltada. Al abrir los ojos se encontró la alcoba inundada por una preciosa luz anaranjada y la imagen de una Elisa incandescente reflejada en el espejo. No se atrevió a moverse, permaneció inmóvil, casi sin respirar, por temor a enfrentarse con una realidad que no comprendía y por la mañana no fue capaz de precisar si su visión pertenecía o no al mundo onírico. La noticia de la defunción que llegó horas después la dejó noqueada. Sintió que debía despedirse de su tía de una forma más íntima y consideró que hacerse cargo de sus pertenencias era una manera de rendirle homenaje.

Pero eso no quitaba dureza a la tarea. No pudo deshacerse de sus papeles sin más, la aprensión venció y decidió que, como tributo a la difunta, echaría una ojeada a lo que guardaba. Y así, sin demasiado empeño, comenzó a husmear en la vida de aquella pariente solitaria y tan poco apegada a la familia. Llevaba sentada en lo que fue su mesa de trabajo más de tres horas y solo había despachado una estantería en la que almacenaba los recibos pagados durante sus seis décadas en el nuevo continente, otra que contenía varias colecciones de revistas de moda y una tercera repleta de folletos variados. Según aquellos documentos, no había lugar que visitara del que no hubiera conservado la información referente al mismo, lo que incluía los resguardos de pago, que conservaba por estricto orden cronológico. Por los tickets acumulados allí, llegó a la conclusión de que se trataba de una cinéfila empedernida. Ángela había llenado ya dos contenedores de papel al completo y apenas había empezado. Temía que el desánimo se apoderara de ella y se levantó con la intención de despejarse. Suspiró hondo, debía andarse con menos miramiento o no terminaría jamás.

Se detuvo ante el mirador. El paisaje que se representaba tras el cristal le produjo un escalofrío. Frente a ella se elevaba una construcción de cinco plantas que conservaba el regusto viejuno del Nueva York de las décadas pasadas. Poseía ventanales altos y estrechos, y una aparatosa escalera de incendios que recorría su fachada exterior desde la azotea hasta el primer piso. Existían muchas casas así, pero ¿qué había ocurrido con el color? La escena era un fotograma de una película en blanco y negro, y el cielo se había transformado en un manto plomizo que arropaba los tejados. No distinguía a nadie en lo que su vista alcanzaba y la inactividad de la vía era absoluta, bien podía ser la única superviviente de una hecatombe nuclear. El sonido de un motor le demostró que sus sospechas estaban infundadas. Un precioso vehículo apareció dentro de su ángulo de visión, era un *Chevy* antiguo e impecable, una pieza de coleccionista. Avanzó un paso más y se alzó de puntillas con la intención de distinguir al conductor, pero solo consiguió atisbar su ágil maniobra para girar a la derecha y desaparecer por el callejón. Sacudió la cabeza. No recordaba ese panorama cuando accedió a la vivienda. Estaba situada al poco de doblar la calle catorce, muy próxima a la séptima avenida y su aspecto le pareció convencional. Resultaba curioso que la parte trasera del edificio se identificara con la mitad del siglo pasado. Dirigió su mirada hacia el reloj que colgaba de la pared, uno de esos aparatos funcionales de oficina que incluyen también la fecha. Marcaba las 5.07 p.m. de un martes, diez de marzo de 1956. Sin duda la batería se había agotado y le había vuelto loco. Se sintió cansada. Tenía ganas de acabar con la tarea que le habían endosado y regresar a Madrid. No se encontraba cómoda en aquella casa y, además, echaba de menos los lametazos de su perra *Piga*.

El estridente llanto de un chaval la sacó de su ensimismamiento y curioseó de nuevo a través de la ventana. La corredera se mostraba ahora colorida y en plena efervescencia. Los letreros luminosos sobre los comercios parpadeaban y los peatones iban y venían ajenos al *Chevrolet* que poco antes atravesó la calzada. Se frotó los ojos con fuerza y se esforzó por encontrar semejanzas entre los dos escenarios. Por supuesto, existían. La estructura de la casa era la misma, aunque la fachada y las ventanas habían sido remozadas, y a pie de calle una floristería exponía su mercancía multicolor.

Era un día anodino en el que no hacía ni frío ni calor; no llovía, aunque estaba nublado. Se recostó en la pared y mantuvo cerrados los ojos durante unos segundos antes de regresar a la mesa. Los dígitos del calendario habían avanzado hasta el siglo XXI y se sintió reconfortada. Todo era consecuencia del agotamiento. El viaje había sido largo y apenas había podido descansar después entre las consultas a los abogados y la organización del piso. Se puso de nuevo manos a la obra. No le agradaba la tarea de deshacerse de las pertenencias de su tía y tampoco su hogar le transmitía buenas vibraciones, por lo que prefirió hospedarse en un hotel. Había conseguido un permiso de una semana, que no era mucho para vaciar el piso y firmar los derechos de herencia, así que ya podía espabilar y avanzar con los papeles.

Algo hastiada, abrió un nuevo archivador y comenzó a arrojar documentos a la enorme bolsa de plástico que llevaría al contenedor. Dichosa vieja y su manía de guardar tanto papel inútil. Ojeó los carnets de las diferentes asociaciones a las que había pertenecido, los estatutos de cada una de ellas y las actividades que realizó. Según sus hallazgos, la tía había mostrado un importante cariz humanitario, perteneció a varias organizaciones benéficas y de ayuda al prójimo. Un carné la acreditaba como afiliada de la cruz roja y otro como dama del ejército de asistencia en la asociación “Nadie sin pavo en el día de Acción de Gracias”. Además…

¿Qué diablos era eso?

Entre sus manos tenía una tarjeta de aspecto anacrónico que avalaba a Elisa como mutualista de honor de la Sociedad para la Conservación de Auras. Grapado al legajo había una especie de cartilla en la que se estampaban una sucesión de sellos que se correspondían con las donaciones que había realizado en vida.

Al final, parecía que la tediosa labor de limpieza tenía algo de interesante.

Á

ngela se apeó del vagón en la estación de metro de la calle 14 donde dos hombrecillos de color dorado trabajaban acompasados para aserrar una de las columnas que sostenían la cúpula del túnel. Próximo a los obreros, un individuo que intentaba huir por la puerta de emergencia fue atrapado *in fraganti* por un guardia mientas una serpiente pitón observaba la escena con expresión amenazante. Todo un ultramundo inanimado que vivía ausente al torrente de personas que se movían a diario por el suburbano. Pasó frente a otras diminutas figuras que formaban parte de la colección de esculturas que adornaban el andén y se tomó el tiempo necesario para recorrerlo sin perder un detalle. Representaban situaciones curiosas y tampoco confiaba demasiado en encontrar un panorama más interesante que aquel al salir a la superficie.

Se encontraba en el distrito de *Meatpacking*. En el bolsillo guardaba un papel arrugado con la dirección a visitar y hacia allí dirigía sus pasos.El barrio por el que paseaba resultaba bastante glamuroso, los bares y restaurantes se sucedían y proporcionaban al suburbio la bulliciosa vida nocturna por la que era famoso, pero su destino no era un garito dedicado al ocio. La mujer atravesaba la turbia luz de la mañana que se vertía en la zona próxima al río inmersa en una bruma ligera y pensamientos desordenados. Lo hacía sin demasiada decisión, no estaba convencida de querer incorporarse a la empresa de su tía, pero había llegado al lugar acertado, era seguro, y la imagen en blanco y negro que tenía ante ella le daba la certeza. Se situó en la acera contraria y observó desde la distancia el exterior de la entidad que buscaba valorando sus posibilidades de éxito y sopesó que no eran demasiadas. Se trataba de una nave reformada y, aunque diferente de las que la rodeaban, mantenía el sabor añejo de lo que fue en otra época. No recordaba cuándo, pero ella había estado en aquel sitio antes y podía reproducir en su mente el aspecto interno que tuvo cuando allí se sacrificaban reses, recordar los regueros zigzagueantes de la sangre arrastrada por las mangueras hasta los sumideros y mascar el hedor de las vacas que aguardaban su turno en la cámara adyacente al pasillo central. Ahora parecía más agradable. Por la información que había recopilado, el local que albergó el antiguo matadero se había reconvertido en una factoría con alta tecnificación dedicada a empaquetar carne y distribuirla a los más afamados restaurantes de la ciudad.

Contiguo a un portalón habilitado para el acceso de vehículos voluminosos, se encontraba en la entrada a un comercio de carne envasada. Aunque el negocio estaba destinado al reparto de mercancía al por mayor en las grandes superficies, también ofrecía la posibilidad de adquirir su género para el consumo doméstico. A través de los cristales pudo ver a un dependiente vestido con una bata blanca. No tenía público al que atender y dedicaba el tiempo a organizar los paquetes en las cámaras frigoríficas.

Tenía la sensación de encontrarse en el más absoluto de los aislamientos. Cuando cruzó el Atlántico para hacerse cargo de la herencia de Elisa, no imaginó que ella le había destinado otro legado de mayor calado que sus ahorros, una donación que no podía compartir con nadie. Era consciente de que no tenía la necesidad de pasar por aquel trance, bastaba con tomar un avión de vuelta a España y todo habría concluido, pero era incapaz de hacerlo. Aquella ciudad la atraía con la fuerza de un imán y no podría partir sin resolver antes su conflicto interno. A la tía le ocurrió algo parecido, ella nunca pudo regresar o quizá no lo deseó con la suficiente energía. Elisa envejeció en Nueva York y murió como consecuencia de un paro cardíaco a la edad de setenta años. Eso era todo lo que sabía de su vida, no más, lo que hizo en la gran manzana era un enigma.

Estaba recostada en la pared, con un pie apoyado en ella, y la completa seguridad de que no podía diferir aquella experiencia. Unas campanadas anunciaron que era mediodía. Se retiró las gafas de sol de la cara y se dispuso a cruzar la calle antes de que su postura inmóvil llamara la atención de los transeúntes. Continuaba con la mirada fija en el establecimiento ante ella. “*Zeitreisender meat Factory”*, rezaba el rótulo colgado sobre la puerta junto a la silueta de un toro. Los peatones paseaban impertérritos, ignorando el llamativo escaparate que, para ella, suponía el norte de su particular rosa de los vientos.

El tintineo de un ahuyentador de espíritus puso en alerta al dependiente de la entrada de un cliente y se dirigió hacia Ángela en tono solícito.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?

La mujer no parecía haberle oído. Miraba su alrededor con cara alelada, como descubriendo cosas inapreciables a la vista. Él insistió en su pregunta.

—Esto... ¿Desea algo en concreto?

Tenía expresión de asombro, parecía recién aterrizada de Marte. Le respondió con una sonrisa bobalicona.

—¿Qué me recomienda?

Era un hombre de mediana edad con pelo abundante y sienes plateadas. Tras los cristales de las gafas se apreciaban unos ojos azules con expresión bondadosa.

—Eso depende de sus preferencias. Tenga en cuenta que todos nuestros productos son de alta calidad. Nuestra planta empacadora garantiza la inocuidad de los alimentos tomando medidas estandarizadas de seguridad, higiene y sellado del alimento en alto vacío. Además, nuestro personal está cualificado en el manejo y cuidado de la carne.

—En ese caso, cualquier cosa está bien. Un paquete de hamburguesas bajas en grasas, por ejemplo.

El empleado se giró hacia los almacenadores refrigerados mientras ella seguía escudriñando la habitación. En la estancia todo parecía impecable. Al fondo de la tienda existía una puerta que suponía comunicada con las instalaciones industriales para el tratamiento de la carne.

El vendedor introdujo el paquete en una bolsa de papel que posó sobre el mostrador.

—¿Alguna cosa más?

Ángela le examinaba de tal modo que le hizo sentir molesto. No era capaz de interpretar el mensaje que ocultaba aquella intensa mirada.

—Sí... También necesito medio mililitro de aura.

Él levantó las cejas mostrando su sorpresa.

—¿Perdón?

La mujer repitió las palabras lentamente, parándose en cada sílaba para que su acento extranjero no fuera un problema en la comunicación.

—He dicho medio mililitro de *aura*.

El hombre abrió los ojos entre atónito y aterrado.

—Lo siento. No estoy seguro de entenderla.

Con lentitud, ella abrió el bolso y rebuscó en su interior hasta localizar lo que buscaba. Era un librito antiguo que abrió por la mitad. Las páginas estaban rotuladas con una cuadrícula y habías sellos estampados en algunos de los cuadrados. Lo deslizó sobre el mostrador hasta dejarlo frente al dependiente y levantó el mentón con gesto autoritario. Reiteró la frase de nuevo.

—Medio mililitro de aura, por favor.